

CRONICA LITERARIA

"ATENEA POLITICA", por Alfonso Reyes

(Río de Janeiro, 1932)

Leíamos cualquier artículo de una revista cualquiera y la atención se nos iba despegando de la prosa, que era dura y periodística, remachada a martillazos disparejos. Ya pensábamos francamente en otra cosa. De pronto, una cinta invisible de cemento, unos neumáticos blandos bajo los pies, la sensación física del agua corriente: miramos. Entre comillas, un párrafo ajeno hábilmente incrustado por el autor. Una cita de Alfonso Reyes.

Así lo conocimos y así nos interesó, de sorpresa.

Tanto que luego quisimos descubrirlo más. No abundan en Hispano América semejantes autores, capaces de revelarse y atraer por el simple contacto. Preguntamos, averiguamos. Una amiga suya, joven señora de cepa artística y diplomática, lo había conocido bastante en Río de Janeiro, había viajado en compañía suya, y nos envió una colección de sus volúmenes con dedicatoria. Pedro Prado añadió perfiles bibliográficos y literarios, dándonos otros de sus libros y hasta la misión de pagarle en parte la deuda de admiración y de gratitud por obras y cartas que de su parte recibía y que siempre estaba aguardando corresponderle en debida forma. Varias noticias personales más acabaron por convencernos de que Alfonso Reyes, Embajador de México en el Brasil, tenía en Chile más amigos de los que imaginábamos y era un espíritu eminentemente comunicativo y cordial que de continuo repartía por los pueblos de habla castellana sus producciones, folletos, discursos, conferencias y hasta una pequeña revista toda hecha por él.

En suma, un grande internacional de primera clase.

Así solemos descubrir por estos continentes a los que deberíamos tener más cerca . . .

El primer libro de Alfonso Reyes data del año 1911. Se llama *Cuestiones Estéticas*, y, en el prólogo, Francisco García Calderón describe al autor como un "efebo mexicano que apenas cumple los veinte y muestra ya madurez erudita, crítica penetrante, vasta cultura en letras antiguas y modernas y un estilo de noble cuño español, de eficaz precisión, de elegante curso, cual corresponde a un pensamiento delicado y sinuoso". Buen retrato.

Alfonso Reyes es hijo del general Bernardo Reyes, gobernador ateniense del Estado Mexicano, rival en su tiempo de Porfirio Díaz y editor del *Ariel* de Rodó: un noble anciano de perfil quijotesco, protector de las letras. Su juventud se formó al calor de un grupo, especie de pequeña academia platónica, de la que era el Sócrates Pedro Henríquez Ureña, y en la cual hallamos los nombres después famosos de Antonio Caso y Alfonso Cravioto, dos bien conocidos nuestros.

Como suelen ser los libros iniciales de los mozos precozmente leídos y maduros, las *Cuestiones Estéticas* del Alfonso Reyes veintenario muestran un empaque y una sabiduría ostensibles, graves, que después se disimularan ágilmente, tomando aire de juventud. Aborda temas serios: teatro griego, viejas novelas españolas clásicas, un estudio sobre Góngora, otro sobre Goethe, etc. Lo moderno ocupa menos sitio y está representado por figuras de la talla de Mallarmé o Bernard Shaw. Pasan también intenciones de Wilde, retratos imaginarios de Walter Pater, en un decir lento y circunspecto, como alguien que no quiere dar pasos falsos.

Desde entonces acá, las obras de Alfonso Reyes se han extendido y multiplicado con abundancia generosa, y, siguiendo la trayectoria de su época, pasó del clasicismo sesudo, acompasado, a la audacia modernista y de ahí a las escuelas dispersas, tendientes a lo caótico, que han dominado la literatura contemporánea de los últimos quince años; pero sin perder su personalidad y acentuando

siempre su amor a un refinamiento hecho de sencillez y que se siente sincero. Lo vemos en *Pausa* y otros versos dar la música delicada y leve, con sordina, y gustar de la exquisita alianza que lo antiguo y moderno forman, al combinarse en un espíritu culto dotado de fuerte disciplina humanística.

Esa coincidencia nos parece lo característico de su temperamento: vivir en el presente, vibrar con la hora que pasa y hasta con la que ha de venir; no olvidar por eso el pasado ni desconocerlo, o menospreciarlo, no cortar las amarras ni maldecir de la sabiduría vieja.

Oigámosle un poco su canto:

Fieros tenía los ojos
y ronca y mansa la voz,
finas imaginaciones
y plebeyo corazón.

Su madre, como sencilla,
no la supo casar, no . . .

. . . Cancioncita sorda, triste,
desafinada canción,
canción trinada en sordina
y a huertos de la labor . . .

Al año 1920 pertenece *El Plano Oblicuo*, cuentos, diálogos y divagaciones; en arabesco algo complicado, sin gran fuerza de fantasía ni calor de humanidad, lindante con el preciosismo, en que se destacan bellezas parciales de imágenes y de palabras, especie de tanteo de un espíritu superior que se acerca a géneros para los cuales no se encuentra especialmente destinado.

Y es como otro vasto ensayo en amplios círculos su labor periodística recopilada bajo el título de *Simpatías y Diferencias*. Toca ahí brevemente toda clase de cuestiones con esa gran libertad que los diarios permiten, y hasta imponen y a todas partes lleva su cultura, su fineza, su observación penetrante y su gracia de estilo.

Sin embargo, todavía no se define.

Tras unos ocho años de residencia en Madrid, que acentúan el fondo castizo de su lenguaje, llega a Río de Janeiro y desde allá tenemos su *Testimonio de Juan Peña*, gran cuaderno de lujosa presentación, algo como un fragmento de Memorias personales: "Relato de una experiencia que interesa a los de mi tiempo", la denomina y va dedicada a "los que estudiaban conmigo la *Etica* de Espinosa, en la azotea de cierta casa de México, allá por los años de mil novecientos y tantos". Todavía la prosa se retuerce un tanto y gongoriza; pero los aciertos abundan y son de veras exquisitos. Trátase de un estudiante de Leyes que va al campo para oír un pleito de indios y ve a esa pobre gente sumisa, esclavizada. La preocupación social apunta en el esteta y el hombre humanitario despréndese del mozo que admiraba y seguía a Wilde o Walter Pater; pero siempre con ojos de poeta y pincel de artista:

"Al acercarnos al terreno en disputa, la naturaleza se encabrió de pronto: alzó sus ejércitos de órganos, echó sobre nosotros la caballería ligera de sus magueyes con púas, y alargó con exasperación elocuente las manos de la nopalera que fingían las contorsiones de alguna divinidad azteca de múltiples brazos. Enmarcada por aquella vegetación sedienta y gritante, resaltando sobre el cielo neutro, vimos la silueta de un hombre esbelto, inmóvil, envuelto en un zarape índigo que casi temblaba de luz. No llevaba sombrero ni lo necesitaba seguramente: un matorral negro, despeinado de viento, se le mecía en la frente y a poco le invadía las cejas. No se le notaban los años a aquel bronce de hombre, a no ser por las rayas negras de las arrugas que por todas partes le partían la cara y le aflojaban la piel en una cuadrícula irregular.

"—Este señor es viejo— me dijeron los quejumbrosos indios. El, ha visto más que nosotros. El contará todo.

"Y, con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo, a pedirnos protec-

ción a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del sol.

“El coro de los suplicantes gemía:

“—Nos pegan, jefecito, nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos dónde enterrar nuestros muertos”.

¿Qué le interesa más a Alfonso Reyes en este espectáculo, el color o el dolor, el cuadro o el drama, lo pintoresco o lo humano?

Difícil decidirlo. Tal vez todo le interesa. Empezó aficionado a la forma, a la voluptuosidad superior de la belleza pura y al placer refinado de las cuestiones estéticas. Cuando la vida lo sobrecoge, vierte el vino cálido en el ánfora armoniosa y lo escancia con mano prudente.

Ahí triunfa esa virtud del equilibrio que señalábamos como una característica —y qué rara— de su temperamento. No se lanza con todo el cuerpo, no cierra los ojos ni pierde la línea de la voz. Será capaz de apedrear al enemigo; pero, aun mal de su grado, le lanzará piedras preciosas, y su mejor arma de guerra será un buril.

Río de Janeiro, la alta situación literaria e internacional, la madurez completan su personalidad, y ahora la vemos expandirse y difundirse por el mundo hispánico. Es un gran mensajero de la inteligencia, un joven maestro que habla de Virgilio y lo lleva a su México; que se dirige a los estudiantes, a todos los estudiantes, y les da su lección de cordura política; que el centenario de Goethe escribe un ensayo clásico, lo mejor que se produjo en ese torneo de erudiciones.

Su ruta nos parece trazada.

Es un sucesor de José Enrique Rodó, tipo del ensayista moderno, conocedor de pueblos, y de su tierra por las raíces, abarcador de continentes por la fronda de su amplia cultura y de sus vastas simpatías. Nos parece admirable su *Discurso por Virgilio* y basta para hacernos envidiar esa formación humanística, enriquecedora,

del viejo latín proscrito, que tanto echamos de menos y cuya ausencia nos deja a merced de cualquier conquistador. Su *Atenea Política* dice palabras justas a la juventud: aceptar las renovaciones, pero no romper con el pasado, sin el cual el porvenir se convierte en una indescifrable incógnita; poner la vista firme al más lejano punto del horizonte, pero afirmar bien los pies en la tierra. Y esto en claras frases lapidarias.

“Todos los viajeros lo saben: la manera más segura de marearse es fijar los ojos allí donde baten las olas. Y el mejor remedio contra esta atracción del torbellino, es levantar siempre la vista y buscar la línea del horizonte. Las lejanías nos curan de las cercanías. La contemplación del rumbo da seguridad a nuestros pasos. Cuando yo hacía mi práctica militar, el sargento instructor solía gritarnos: ¡Para marchar en línea recta, no hay que mirarse los pies, hay que mirar de frente!”

He ahí su lección.

Enseñanza de maestro, clara y firme sabiduría que sabe tocar los polos y llenar el intermedio, que amarra lo remoto a lo próximo y no se inclina exageradamente a la izquierda ni a la derecha, sabedor de que el buen barco, la clásica imagen, así necesita de las velas que lo impulsan como del lastre que le presta firmeza y le permite avanzar sin peligro.

Apenas pasados los cuarenta años, Alfonso Reyes causa la impresión de un espíritu que comienza y hacia el cual, en el futuro, más de una vez habrán de dirigirse las miradas de quienes temen perder el rumbo, ciertos de hallarlo bien orientado, sobre la proa.

ALONE.

La Nación, Santiago.

26 de febrero de 1933.

LETRAS AMERICANAS

Horas de Burgos, por Alfonso Reyes
Río de Janeiro, 1932

El estilo es todo en este libro. La evocación de la ciudad española hecha por Reyes, basada en un ofrecernos únicamente ciertos momentos, ciertos detalles y aspectos de sus gentes, edificios y ruinas, y que parecen dar la esencia de lo que es Burgos, se esfuma tras la impresión que produce el molde que la contiene. Es en una prosa magnífica, rítmica y estricta que Reyes nos ofrece su visión de *Burgos*.

La natural y clara relación del estilo con la materia que trata un autor, confiere a ciertas obras esa rara armonía, consistencia y unidad que las distingue. Es lo que ocurre aquí, con este libro. Para una evocación de *Burgos*, nada más ajustado que el estilo impregnado de casticismo de este autor. Un soplo poético leve emana de esas visiones parciales —instantes enmarcados en el recuerdo, imágenes simplificadas— que Reyes recorta de un Burgos total que no conocemos pero presentimos a medida que avanzamos en la lectura. Porque la impresión que nos dejan capítulos como *En el Campanario* y *Metamorfosis*, nos hacen imaginar, por extensión, algo semejante del resto de la ciudad. La idea de un Burgos depurado, existente solo en cuadros de una extraña y fuerte plasticidad y rancia belleza, que una atmósfera cristalina envuelve y donde todas las cosas parecen adquirir un relieve macizo y hermoso.

Detrás de toda forma de expresión cabe buscar la actitud fundamental que la orienta y constituye, a la vez, su causa. El estilo de Reyes nos habla de un destino dado a buscar por todos los ámbitos la belleza, a gozar lentamente de las cosas en una armoniosa meditación, a encariñarse con los detalles significantes de un panorama y devolvernos el mundo en un orden especial —su prosa—,

que torna transparente, depurada y embellecida la realidad que evoca.

En un libro lujosamente impreso encierra Reyes, como una joya en un rico cofre, esta evocación de los instantes vividos por él en Burgos. Esa coqueta ciudad “a la que no pesan sus ruinas”. En algunas de sus páginas existe un fuerte sabor castizo. El ritmo del discurso de este autor supone una construcción mental que prefiere manifestarse en forma serena, delicada, sin sobresaltos ni violencias al atar los cabos y nexos de su prosa (esos saltos, decía Azorín hace poco en una correspondencia) atento principalmente a razones de armonía sonora de las palabras. Quizá esta preocupación es la que guía la construcción de este hermoso párrafo: “Olvido la historia de la ciudad. Pido el secreto al sentido de la orientación. Los pies, vagabundos, me traen y llevan, y voy descubriendo con los ojos íntimas conexiones: El mendigo empotrado en el pórtico que acabó por convertirse en santo de granito, a fuerza de lluvias y fríos. La paloma adormilada en el arco de Sarmental, donde la sal del muro poco a poco dirigió su alma ligera, dejándola forma quietísima. El vertebrado fabuloso que se desecó, dragón de la historia, vuelto escalinata de las calles irregulares”. Quizá de la misma causa resulte este otro alto ejemplo: “Sube hasta las torres una ola de vida picaresca, y hasta parece llegar a nosotros un vago tufo de aceite de cocinar, cuando un golpe de sol sobre la distante Cartuja nos devuelve a la alegría de los ojos. Recobro el sentimiento de que estoy en la catedral, joya diminuta en el recuerdo, porque la concibo bajo especie de amor. La hornacina fulgura plácidamente, gran tuerca de oro sobre la cruz labrada del templo”.

Prosa admirable, salpicada de vez en vez por una observación hermosa y menos frecuentemente por un pensamiento interesante y profundo es el estilo de Reyes. Páginas de una fuerza estilística tal como el ya citado capítulo de *En el campanario* o esa otra que recuerda el mayor dolor de Burgos, que sólo pintan la realidad

objetiva fijándola como en un cuadro, estilizada y embellecida, compensa la falta de esa intensidad e inmersión que efectúa el escritor de ideas, revolviendo los conceptos y las cosas, en el problema u objeto que trata. Pero es ésta la única actitud que corresponde a un hombre que no es escritor sino literato en el más puro sentido del vocablo. No creemos que pueda pedirse algo más, por ejemplo, a ese captar el instante nocturno en el hotel de Burgos, con sus gentes y rumores, fijado con una nitidez alada en el recuerdo.

Quisiéramos encontrar en un viaje a Burgos la visión que de esta ciudad nos ofrece Reyes en su libro. Poder subir al campanario y encontrar al mismo chico parlero, ir al hotel y vivir el mismo instante, emocionarnos con esa cortesía exquisita y natural de sus gentes que cuesta creer que es cierta, discutir en la capilla del Condestable sobre el retablo de las once mil vírgenes . . . Pero vana ilusión sería querer repetir las vivencias del autor. Quizá en medio de la bruta realidad, del polvo que flota en el aire y nos acaricia el rostro a nosotros, ya viajeros, quizá ante la viva presencia de una pared vetusta y de los rumores y gritos de sus casas y calles, no pudiéramos encontrar a ese Burgos de Reyes. Y nos daría pena. Confesamos que preferiríamos no ir entonces a Burgos y no conocerlo nunca sino a través de esas horas que Reyes vivió en él. Tal la magia del arte. La vida merece y necesita ser embellecida en ocasiones. Recreada y alejada de una realidad que si bien apuntala nuestros momentos vitales, nos distancia del sueño. Y la única superación del espíritu posible está aquí, en el sueño.

Cuando uno se pregunta qué es este libro, qué representa, qué de fundamental nos dicen sus páginas con relación a los temas urgentes que solicitan nuestra atención en estos días de intensa agitación espiritual, podría responderse sencillamente que nada. Pero la vida del hombre contiene pausas. Es necesario mirar de vez en cuando más allá de las cosas, volver el rostro hacia ese extraño aire que parece venir de ámbitos profundos y misteriosos. En el silen-

cio de un gabinete, leer este libro de Reyes es como recibir, al recorrer sus páginas, un baño de austera belleza. Y ésta no necesita para ser gustada de ser algo, representar algo, decir nada fundamental. Basta que exista.

Eduardo MALLEA.

Nosotros.

Buenos Aires, febrero - marzo 1933.

L'ACTUALITÉ LITTÉRAIRE À L'ÉTRANGER

Les petits essais que M. Alfonso Reyes a réunis et publiés sous le titre *Tren de Ondas* (Rio-de-Janeiro), se placent sous le signe de Montaigne: "Je l'ay voué à la commodité particulière de mes parens et amis". On pourrait même dire que ce livre se présente comme un hommage à l'amitié, puisque nous y trouvons le récit de rencontres, faites sous l'étoile propice des heureux hasards, entre des êtres liés avant même de se voir, par les attaches les plus délicates — ce sont peut-être les plus solides — des affinités spirituelles. Avec une simplicité charmante, qui laisse s'éployer cette poésie intime, poésie du cœur autant que de l'esprit, que nous rencontrons si souvent dans la plupart des livres du grand écrivain mexicain, Alfonso Reyes écrit, ici, quelques petits morceaux de *circonstance* d'une exquise résonance. Ce livre est dédié aux amis, en ce sens qu'il faut pour en écouter la voix secrète, posséder les diverses clefs de ce cœur et de cet esprit. C'est avant tout une œuvre d'intimité qu'un critique attentif à la seule valeur objective des livres rangerait probablement parmi les *opera minores* d'Alfonso Reyes: il y aurait quelque injustice dans cette classification, car je trouve, moi, dans ces *pièces de circonstance*, le retour des principaux thèmes poétiques d'Alfonso Reyes, et son art limité à l'humilité simple et cordiale de cette matière atteint ici quelques raffinements de forme qui me paraissent tout à fait délicieux. Si l'on veut considérer, d'ailleurs, ce *Tren de Ondas*, comme quelques passages détachés de "mémoires" qu'il nous donnera peut-être un jour et qui nous révéleront alors tant d'aspects précieux de la vie littéraire en Europe et en Amérique, on ne peut que s'enchanter de la bonhomie délicate et souriante avec laquelle M. Alfonso Reyes nous fait des confidences. Mais

il faut voir plus loin, encore, et comprendre, que la principale vertu de ce livre est dans l'expression de cette poésie immanente et intensément associée à l'acte même de vivre qui est si révélatrice d'Alfonso Reyes.

Marcel BRION.

Les Nouvelles Littéraires

Paris, avril 22 de 1933.